



Alcaldía de Medellín

PLAN ESPECIAL DE SALVAGUARDIA (PES)

MANIFESTACIÓN CULTURAL SILLETERA

Ejes de acción de Salvaguardia

Proyectos de investigación

Transmisión, educación y comunicación social del patrimonio

Temática de investigación

Historias y memorias de la manifestación cultural silletera

Proyecto

Repositorio digital de memoria oral: Raíces, Cultura Silletera - Fase 2

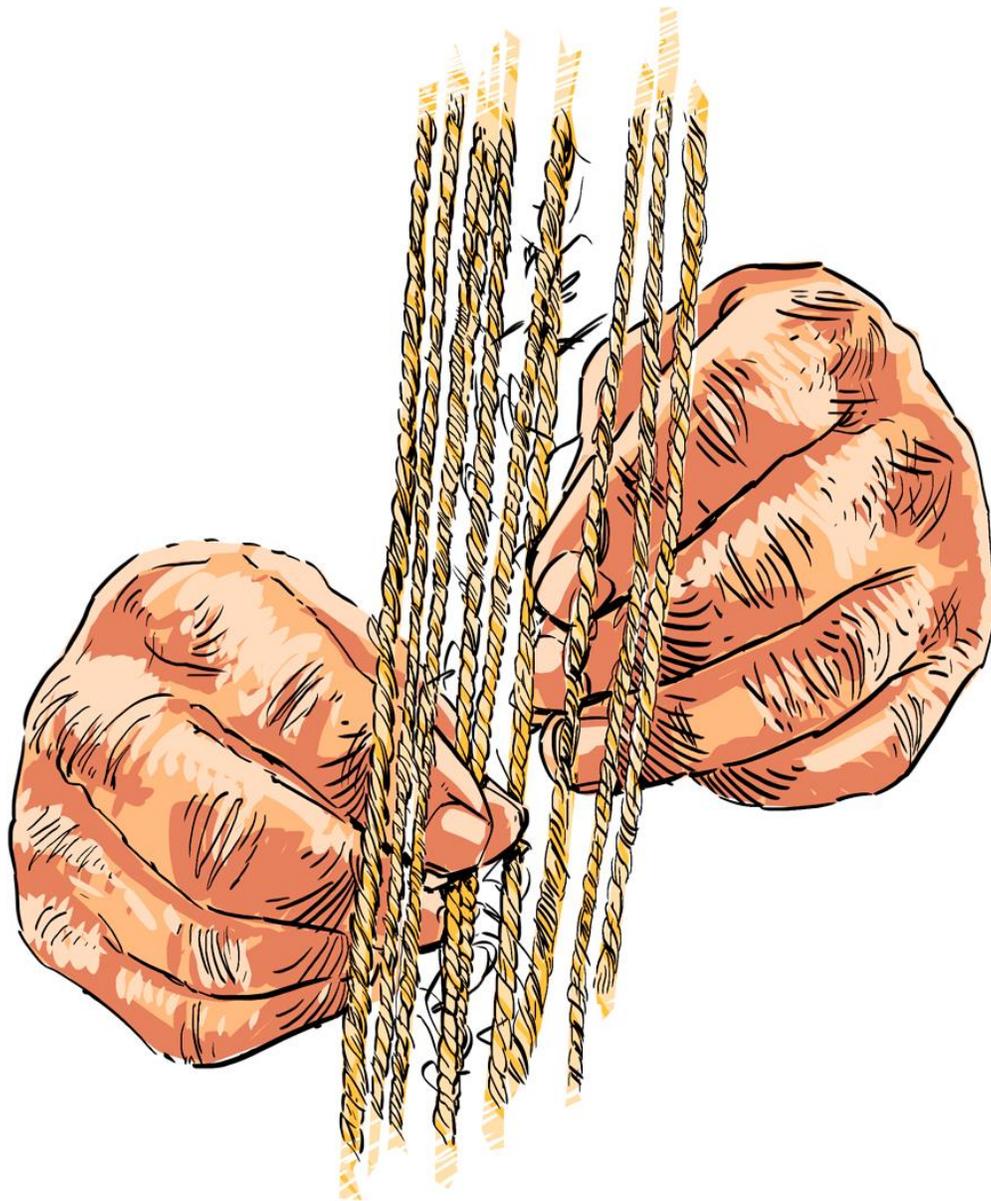
Secretaría de Cultura Ciudadana de Medellín

Unidad de Memoria y Patrimonio Cultural

Universidad de Antioquia

Medellín, Colombia

2018



Cargueros, cabuyeros y carriceros

Memoria breve sobre la cabuya en Santa Elena

Por María Teresa Arcila Estrada.

*Antropóloga, investigadora
Instituto de Estudios Regionales
Universidad de Antioquia*

Introducción

El procesamiento de la cabuya era uno de los oficios tradicionales que se practicaba mucho tiempo atrás en Santa Elena, y que desapareció a finales de los años 80 del siglo pasado. En solo cuarenta años de ese siglo, el Oriente antioqueño experimentó su auge y también su caída.

Por medio de una altísima inversión de energía humana, los campesinos hacían aprovechable la planta de fique. Trenzando y tejiendo la cabuya que sacaban de ella, elaboraban objetos de gran utilidad como lazos, líchigos o mochilas, enjalmas y costales. Una parte importante de la vida y la rutina diaria de aquellos campesinos se iba en transportar a la espalda personas, productos, materiales e insumos por trochas y caminos durante trayectos cortos y largos. Uno de esos objetos, el *cargador*, se convirtió en un importante compañero y un valioso instrumento de trabajo, al lado del azadón y de la pala, pues les ayudaba a soportar con la cabeza el peso que llevaban a la espalda. Por tal razón, para estos campesinos el cargador representa el más importante símbolo de su laboriosidad.

En los años treinta, el transporte automotor y las primeras vías carretables, especialmente la que conducía de Medellín a Rionegro, los liberaron de su esfuerzo para largos trayectos. Y desde fines de los años sesenta, la apertura de vías veredales les permitió soltar la carga para los más cortos. A esa historia de trabajo alude la estilizada silleta de flores que estos campesinos exhiben cada año sobre sus espaldas, con alegría y orgullo, en el desfile de silleteros.

Este relato busca revivir un tiempo en el que se sembraba y procesaba la cabuya en Santa Elena¹, y para ello hace eco de voces de la tradición local encarnadas en personas que sobrepasan los 90 años². Comienza en el ocaso del siglo XIX, la época más distante a la que nos devolvieron sus recuerdos, cuando la cabuya se utilizaba en las parcelas sin que su mercado fuera lo más importante. Continúa con el estímulo que recibió el cultivo del fique a partir de los años cuarenta del siglo XX y el cambio tecnológico que trajo la desfibradora de motor en los años cincuenta de esa misma centuria, lo que impulsó de forma definitiva su auge comercial. Y culmina con el destierro de la planta de fique de esta zona como consecuencia del drástico descenso de los precios y el cierre del mercado de la cabuya por parte de la Compañía de Empaques, a mediados de la década de los ochenta.

Para conocer más sobre este oficio, ingrese a la página web:

<http://raíces.patrimoniomedellin.gov.co>

¹ De ahora en adelante, siempre que en este texto se nombre a Santa Elena deberá entenderse que se alude al territorio cultural, es decir, a la espacialidad conformada por las once veredas del corregimiento del mismo nombre, pertenecientes al municipio de Medellín; las veredas San Ignacio, San Miguel, La Palma, el Porvenir y parte de Barro Blanco, pertenecientes al municipio de Guarne; las veredas Perico y Pantanillo, pertenecientes al municipio de Envigado y la vereda La Quiebra perteneciente al municipio de Rionegro. En este espacio social y geográfico habitan quienes, por sus tradiciones familiares vinculadas al territorio, se especializaron en un medio de transporte que privilegia el uso de la silleta y del cargador, y en prácticas campesinas, comerciales y artísticas producto del trabajo con aquellos instrumentos de trabajo y con las flores.

² Ver al final las Microbiografías de las personas entrevistadas, cuyas vivencias permitieron reconstruir esta memoria.

I

Cabuyeros

Esta memoria breve de la cabuya en Santa Elena pudo ser tejida gracias a las palabras generosas y a las contribuciones desinteresadas que realizaron las siguientes personas:



Miguel Ángel Atehortúa Zapata. Nació en 1923 en la casa paterna, ubicada en la vereda La Palma, y residió durante toda su vida en la vereda Barro Blanco. Fue el hijo mayor del matrimonio del señor Eladio Atehortúa Ospina (n. 1898), con la señora Encarnación Zapata, fallecida a los 45 años, en circunstancias asociadas a un parto. Su abuelo paterno, Nicolás Atehortúa, nacido en 1870 cerca de Guarne, también fue cultivador de cabuya, lo mismo que su padre Eladio. Don Miguel Ángel estudió en la escuela de Mazo, trabajó en la parcela desde los 6 años y a los 12 ya sacaba 4 libras de cabuya *chiquita* para vender en las carbonerías de Medellín, donde las mujeres la usaban para remendar costales. Tuvo 16 hermanos, producto de los dos matrimonios de su papá. Se casó en 1943 con la señora Fabiola Grisales, fallecida en 2007 a los 91 años, con quien tuvo once hijos. A lo largo de su vida fue campesino, cultivador de flores y también silletero. Se retiró del oficio a los 70 años.

Alfonso Ríos Ramírez. Nació en 1932 en el Alto de Medina, municipio de Guarne y allí mismo fue bautizado. De allí se consideraba vecino, aunque residió en la vereda El Placer durante sesenta años. Su papá se llamaba Baltasar Ríos Atehortúa y había nacido en Guarne, fue agricultor prácticamente toda la vida, sólo trabajó seis o siete años, dedicado a la siembra de árboles para las Empresas Públicas de Medellín. Su mamá se llamaba María del Tránsito Ramírez Cardona y era de la vereda La Brizuela, de Guarne; ella lavaba ropa de señoras de Medellín. Don Alfonso comenzó a trabajar desde los seis años, arriando bestias por los caminos de Santa Elena y las calles de Medellín. En su familia fueron diez hermanos, cinco hombres y cinco mujeres. Fue uno de los gestores de la carretera que va desde El Yarumo al Pescadero, cultivador de flores y silletero. Don Alfonso falleció el 30 de noviembre de 2018, mientras se escribían estas líneas, a los 86 años.



Rubén Antonio Amariles Patiño. Nació en 1931 en la vereda La Honda y se crio en la vereda San Ignacio. Era hijo de Joaquín Gonzalo Amariles y Ana Felicia Patiño. En su familia fueron ocho hermanos, cuatro hombres y cuatro mujeres. Estuvo casado dos veces, la primera con María de Jesús Atehortúa, quien murió en un parto y con quien tuvo dos hijos.

Su segunda esposa, María del Carmen Espinosa fue en su familia paterna hiladora y tejedora de cabuya, y continuó ese oficio luego de casada, junto con sus hijas. Con doña María del Carmen tuvieron catorce hijos. Fue vendedor de flores en Medellín y silletero en el desfile desde 1962. Cuando murió, en enero de 2019, a los 87 años, residía en la vereda San Ignacio junto a dos de sus hijas solteras.



Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa. Nació en 1950. Es hijo del segundo matrimonio de don Eladio Atehortúa Ospina con la señora María de la Luz Atehortúa; o sea, hermano medio de don Miguel Ángel Atehortúa Zapata. En su familia se cultivó el fique desde la generación de su abuelo. Trabajó desde los seis años en la parcela ayudando en algunos oficios. Estudió hasta 2° de primaria. A los 13 años empezó a cargar bultos de 60 kilos. Su abuelo materno fue arriero. Reinaldo tiene actualmente 69 años y reside con su esposa e hijos en la vereda La Palma, donde se dedica a las labores del campo.



Álvaro Antonio Patiño Alzate. Nació en 1955 en Medellín, estudió dos años en la escuela La Trina. Hijo de don Juan Andrés Patiño Ruiz, líder comunitario de la vereda Barro Blanco y de Esther Solina Alzate Ruíz. En su casa fueron nueve hermanos, de los cuales cuatro han muerto. Quedó huérfano de padre a los diez años. Mientras su padre vivió, Álvaro Antonio le ayudaba en los quehaceres de la parcela. En su juventud -de los 15 a los 17 años- también fue carbonero y *terronero*³; luego cultivador de fique y propietario de

³ Fabricante de terrones, especie de ladrillos de tierra pisada con los que se construían paredes en las casas de tapia. Ver De tapias y tapiadores, en el sitio <http://raicers.patrimoniomedellin.gov.co>

una máquina desfibradora. Álvaro Antonio tiene 64 años, está unido a Blanca Lorena Grisales Ramírez con quien concibió tres hijos; a su familia se agregó recientemente un nieto. En su parcela se encuentra uno de los últimos cultivos de fique de Santa Elena, el cual sigue procesando con su antigua máquina desfibradora. Actualmente, trabaja como técnico de maquinaria en la Compañía de Empaques y reside en la vereda Barro Blanco.



Jesús Antonio Atehortúa Zapata. Nació en 1925.

Hijo de Juan de la Cruz Atehortúa Zapata y María de la Cruz Zapata. Su familia fue campesina cultivadora de fique desde la generación de sus abuelos y, además, tejedores de cabuya; de niño le ayudó a su abuela materna a hilar y a tarabiar los lazos, los mismos que ella llevaba a vender al Sitio (sic) de Copacabana y

también a Guarne. Tuvo cinco hermanos y tres hermanas. No contrajo matrimonio. Actualmente vive solo y enfermo en la vereda La Brizuela-Pueblito, atendido por sus sobrinas. Tiene 94 años.



Rosalba Amariles Espinosa. Nació en 1958. Es

la hija mayor de don Rubén Amariles Patiño con su segunda esposa, la señora María Jesús Espinosa. Nació cuando sus padres vivían en la vereda San Miguel, de Guarne, desde donde se trasladaron cuando aún eran niños a la casa

actual, situada en la vereda San Ignacio. Según lo cuenta ella, trabajó al lado de su mamá y sus hermanas hilando cabuya durante su pubertad y buena parte de su juventud. Actualmente, tiene 61 años, no contrajo matrimonio y desde la muerte de su mamá se ha dedicado, junto

con otra de sus hermanas, a cuidar de su papá. Se dedica a la fabricación casera de arepas que vende en entre los vecinos.



Rosana Hernández Soto. Nació en 1943. Hija de Federico Hernández y Estefanía Soto. Reside en la vereda Piedra Gorda. Tuvo tres hermanos. Trabajó desde los siete años, y a los diez aportaba mercado para la casa; a los doce cargaba a la espalda un bulto de panela y silletas

con flores. Debía lidiar con las vacas y los terneros cuando su mamá salía a vender flores a los barrios Manrique y Berlín, en Medellín. Todos los productos de la finca: flores, papa, legumbres y cabuya, los llevaban a vender a la Plaza de Cisneros. Asistió tres años a la escuela primaria. Su mamá, era quien trabajaba en la finca, pues su papá era parapléjico; él tejía cargadores y viéndolo trabajar fue que ella aprendió. Con su esposo, de quien es viuda, engendró nueve hijos, de los cuales uno falleció en la infancia. De su marido dice que era cruel e inútil. En la actualidad sigue ligada al trabajo del campo y además teje cargadores, líchigos y mochilas, unos en telar vertical y otros con aguja de crochet. Es sillettera, y ella misma carga la silleta en el desfile anual.

Amparo Parra Londoño. Nació el 4 de abril de 1934. En su adolescencia se dedicó a las labores del hogar, la huerta y el cuidado de los animales con su grupo familiar; en la juventud comenzó como costurera y visitó espacios de socialización de mujeres en la ciudad, en búsqueda de capacitación. En su recorrido como líder comunitaria, salió de Santa Elena y del

departamento de Antioquia, lo que le permitió conocer otras experiencias de vida al integrarse con un grupo de mujeres de diferentes lugares del país. Eso reforzó su carácter y su liderazgo, le generó nuevos vínculos, amplió su horizonte de vida y la condujo a participar en el proyecto de alfabetización radial más importante de la historia colombiana: Radio Sutatenza; fue presidenta de la Junta de Acción Comunal de su vereda, un espacio que le permitió contribuir al desarrollo socioeconómico de su comunidad. Hizo parte de la construcción de obras de infraestructura que aún existen en Santa Elena y en El Placer, como la carretera de la vereda, la instalación de bombas de agua y la construcción de locales comerciales de carácter comunitario en la centralidad del Corregimiento. También participó durante muchos años como silletera en el desfile de la Feria de las Flores de Medellín. Doña Amparo falleció en febrero de 2019, a los 84 años. Ella residió toda su vida en la vereda El Placer.



María Elena Londoño Aterhortúa. Nació en 1959.

Su bisabuela materna, residente en la vereda Romeral, de Guarne, cosía costales a mano y lazos de cabuya. La familia de su mamá, Aurora Aterhortúa Zapata, también fue cultivadora de cabuya y sus tíos realizaban todo el proceso: siembra, beneficio, hilado y tejido. De ellos, especialmente de su tío Jesús

Antonio Aterhortúa Zapata, aprendió a tejer los cargadores en el telar vertical. Tiene nueve hermanos. No se casó, reside en la vereda Mazo con su mamá y teje cargadores en fibra plástica por encargo.



Jaime Hernández Soto. Nació en 1935 y actualmente tiene 84 años, fue campesino cultivador de fique, floricultor, carbonero y propietario de una máquina desfibradora durante 22 años. Su papá se desempeñó toda la vida como jornalero. En su familia paterna fueron diez hermanos. Engendró once hijos (seis mujeres y cinco hombres) con María Olga Soto, quien falleció en 1977 cuando tenía 40 años. Trabajó hasta los 70, cuando se retiró y distribuyó sus posesiones entre sus hijos e hijas. Actualmente reside en la vereda Piedra Gorda en compañía de una de sus hijas.

II

La cabuya se sacaba en carrizo

Fines del siglo XIX - Década del 30

A finales del siglo XIX, cuentan los abuelos que la población de Santa Elena se hallaba dispersa en unas pocas casas. En su gran mayoría, estas eran de bahareque y paja, solo unas cuantas, muy pocas, eran de tapia y teja, pero todas estaban rodeadas de bosques que cubrían los suelos con árboles nativos y los proveían de maderas corrientes que servían como leña y para calentar el fogón familiar. La tierra estaba surcada por quebradas de agua abundante y transparente.



Paisaje del Oriente antioqueño en la década de los años 30. Fotografía Francisco Mejía. Sin fecha. Archivo Biblioteca Pública Piloto (BPP).

No había carreteras, pero sí una importante red de caminos de herradura y para personas de a pie que cruzaban esa hermosa franja de territorio situada entre el Valle de Aburrá y el de San Nicolás, en el Oriente antioqueño. Tampoco había alcantarillado, redes de acueducto ni de energía, todo eso llegó después.

El señor Miguel Ángel Atehortúa Zapata, un bisabuelo de 96 años que vio trabajar la cabuya a su padre Eladio Atehortúa Ospina –nacido en 1898- y a su abuelo Nicolás Atehortúa –nacido, aproximadamente, en 1870-, recuerda cómo era la vereda Barro Blanco durante sus años de infancia, entre el decenio de 1920 y 1930:

La vegetación... monte, monte; y madera también, había mucha y los caminos eran unos callejones pantanosos; ¡eso eran unos pantanos grandísimos! (...) el que tenía mucho, tenía unas dos bestias para llevar una carga de tierra, una carga de leña o alguna cosa y los cultivos eran muy poquitos, muy poquitos, era que no, no... Por aquí, [había] madera común: arrayán, chilco, carate, siete cueros, ¿qué más?, de todo, de todo. Finas no. Ah, había roble, roble sí. Pero eso es muy escaso, eso ya no (...)

Casas de esas de tapia [con *medianías*⁴] había muy poquitas, por ahí eran tres casas que había así. Eran más las casas que había de paja que de teja, ¿pero casas grandes...? había unas casitas de tapia, pero muy malitas, ¿pero una casa buena?, sin decir nada y por orgullo me pesa decirlo, pero hasta el 50 [década de 1950] la casa de mi papá

⁴ Tapias de media altura y con cubiertas de teja, con los cuales se producía un encerramiento o patio que separaba la vivienda del resto de la parcela. En otros lugares se conocían como vallados.

era como de las mejores que había por aquí. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)⁵



Paisaje del Oriente antioqueño en la década de los años 30. “*Tranvía de Oriente*”. Fotografía Francisco Mejía. 1938. Archivo BPP.

Hasta la primera mitad del siglo XX, el modelo productivo en la parcela campesina fue el cultivo diversificado y complementario de productos agrícolas, los que se dedicaban en su mayor parte al consumo, ya que un solo producto no garantizaba la subsistencia del grupo familiar. Todos sus miembros se vinculaban al trabajo desde los seis o siete años, especialmente, los hombres.

Como muchas veces el papá trabajaba en la huerta, en la casa, entonces uno empezaba a trabajar al lado de él. Aprendiendo a sacar cabuya en carrizo, ayudándole a sembrar

⁵ En la infancia de Miguel Ángel su papá, Eladio Atehortúa Ospina, compró un predio en la vereda Barro Blanco con su casa de tapia y teja ya construida; todavía se encuentra en uso y es considerada una de las más antiguas de Santa Elena.



Cargueros, cabuyeros y carriceros

papa o a desyerbar unas matas de maíz. Así empecé yo (...) Eso fue muy duro. No me quedaba mucho tiempo de jugar. Porque yo tenía que ayudar mucho a la casa, ayudarle a mi mamá, sobre todo, con esa vaquita o dos que manejaba, me tocaba hacerle mandados donde los abuelos, tanto donde el paterno, como la materna. (Alfonso Ríos Ramírez, comunicación personal, octubre de 2017)

También desde pequeñas las niñas recogían la leña, acarreaban el agua y se dedicaban a los oficios domésticos y al cuidado de la familia.

Uno por colaborar en la casa traía la leña por la tardecita, cuando salía del trabajadero, uno traía un viaje de leña para la casa. Porque las pobres mujeres, también, a buscar leña por ahí les tocaba muy duro y en esos inviernos, ¡ay Dios mío! La vida no ha sido fácil para las mujeres tampoco, muy difícil. La mujer se encargaba de hacerle los alimentos al marido y a los hijos ¿y sin leña? ¡ay Dios mío, qué cosa tan brava! No es como hoy en día que es todo así facilito con el gas o con la energía (...) Agua también, cargar agua por ahí de las... [quebradas], cuando eso no había ni acueducto ni nada y quedaba el agua muy lejos, había que cargarla en ollas. En la cabeza y al hombro. Uno colaboraba también, pero más que todo eran las mujeres. Había mujeres tan verraquitas⁶ que cargaban una olla en la cabeza y dos en la mano. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

⁶ Valiente, fuerte, aguerrida/o, guapa/o.

Cuando se conformaron las primeras escuelas rurales, a comienzos del siglo XX, tanto los niños como las niñas estudiaban únicamente dos años de primaria y combinaban el estudio con pequeños oficios: alzar cargas livianas, recoger leña, hacer mandados, llevar los alimentos al trabajador, ayudar a sembrar, abonar o desyerbar, cuidar a los hermanos pequeños, lavar o cocinar.

...yo la pasé [la niñez] por acá mismo [sector La Palma], desde *pelaíto*⁷ por aquí, por ahí de seis años ya trabajando, ayudándoles a hacer cositas por ahí. Cuando sembraba papa, digamos, a echarles el abono a las matas; lo que uno sabía hacer y ya, poner la semillita y regar ahí el abono. Y el trabajo más pesado ya lo hacían los más grandecitos con un azadón y ya trabajaban ahí. Lo único si fue [que] iba a la escuela. Cuando entré a la escuela iba por ahí día por medio: iba un día sí, otro día no y un día sí y otro día no. Y ahí estudiaba hasta segundo de primaria porque no había más, no había digamos un colegio en que hubiera bachillerato, ni tercero, ni cuarto, nada, no; primero y segundo y pare ahí. Aprendía a leer y a sumar, restar, multiplicar, y ya, con eso era suficiente (...) Cuando tenía ya por ahí unos 13 o 14 años más o menos, ya fui yo fuerte y ya a cargar uno bultos pesados y todo, bultos por ahí de 50, 60 kilos, 70 kilos; ya uno podía con él. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

⁷ Pequeño, niño.



“Niño trabajador”. Fotografía Horacio Gil. 1984. Archivo BPP.

Esto sucedía no solo porque el trabajo de todos era necesario para la subsistencia familiar, sino porque esa era la forma en la que los padres les enseñaban a sus hijos desde pequeños el amor por la tierra, la agricultura y la importancia del trabajo; era, además, su estrategia para garantizar la continuidad de la propiedad y productividad de la parcela, es decir, todo su patrimonio. Así era la vida rural en el siglo XIX y así continuó durante las primeras décadas del siglo XX.

III

El largo proceso de extraer la cabuya

Entre los sembrados que había en la parcela familiar estaba el de fique, una penca de donde se extraía una fibra de mucha utilidad denominada cabuya. Al parecer, desde tiempos antiguos⁸ la cabuya sirvió de insumo y apoyo a la actividad productiva diaria. Durante esta primera época del relato, el fique que se cultivaba en la parcela era procesado y transformado en cabuya, la cual se empleaba para elaborar diferentes objetos utilizados por los mismos campesinos; es decir, la cabuya tenía para ellos un importante valor de uso.

El fique era un cultivo permanente, sin embargo, para la mayoría de los campesinos no era el más importante de su parcela, ya que de él solo se obtenía una o máximo dos sacas⁹ al año y aparte de eso, no era comestible. La papa, el maíz, el frijol o las habas, en cambio, daban mayores rendimientos en la cosecha y eran comida, es decir, podían consumirse, además de tener buena venta durante todo el año en Guarne, el pueblo más cercano. El fique tenía una innegable utilidad en la parcela, porque con su fibra se podía hacer lazos, cinchas, cargadores, líchigos y mochilas, elementos auxiliares del trabajo del campesino, objetos que también tenían mercado en Guarne y Rionegro.

⁸ Teniendo en cuenta que el fique es una planta americana, es altamente probable que esta fuera procesada y utilizada por los indígenas antes de la llegada de los colonizadores ibéricos. “El fique tiene su origen en la América Tropical, sobre todo, en las regiones andinas de Colombia, Venezuela y Ecuador, donde prevalecen condiciones tropicales durante casi todo el año. En Colombia, el fique se cultiva en la parte alta de la sierra templada y fría. En sus orígenes, el fique crecía casi de manera espontánea y los habitantes de estas regiones lo desfibraban para la fabricación de alpargatas, redes y cuerdas para sus labores domésticas, igualmente sus subproductos eran utilizados con fines medicinales”. Recuperado en: <http://cabuyasanbernardo.blogspot.com/2010/01/historia-de-la-cabuya.html>

“La cabuya tuvo gran importancia en las sociedades prehispánicas. Fue una de las primeras fibras vegetales procesadas para la manufactura de tejidos como redes, hondas y otros textiles. En Paracas (Perú) se encuentran hondas o warakas hechas de cabuya asociadas a los ajuares funerarios”. Recuperado en: <http://cabuyasanbernardo.blogspot.com/2010/01/que-es-la-cabuya.html>

⁹ Nombre local que se le da a la recolecta o cosecha de las hojas de la penca de fique.

Antes de llegar al mercado con los productos de la cabuya el proceso era largo. Primero había que cultivar la penca, cortar y beneficiar la hoja o sea desfibrarla, lavarla, secarla y empacarla para facilitar su transporte, en caso de venderla *en rama*¹⁰; pero si querían elaborar algún producto debían entonces hilarla o torcerla para luego trenzarla o tejerla.

Cultivo y saca

En casi todos los predios campesinos, las plantas de fique se sembraban en los bordes, linderos y en el medio o en el centro, pero siempre en hileras y dejando espacio para los otros cultivos.

En la época de mi infancia yo conocí porque aquí en la finca de mi papá [Juan Andrés Patiño Ruiz] había un cultivo de cabuya muy grande. En la huerta todo eso era sembrado en puros surcos. Surquiado por todas partes. La huerta era dividida, así como está la mía acá. Así en lotecitos, con surcos de cabuya, bajando, subiendo y cruzándose, pero respetando siempre los medios, porque ahí se cultivaba lo que era el fríjol, la papa, el maíz, las flores; la huerta sí era llena, llena de puras flores. (Álvaro Antonio Patiño Alzate, comunicación personal, 23 de septiembre de 2018)

¹⁰ Así se denomina la cabuya luego de que se termina el beneficio, es decir, la fibra en bruto.



Planta de fiche. “*Compañía de Empaques*”. Fotografía Gabriel Carvajal. 1969. Archivo BPP.

Solo en contados casos y, varias décadas más tarde, cuando el cultivo de la cabuya vivió su mejor momento, las plantas de fiche llegaron a ocupar el predio completo.

Las variedades más conocidas por los campesinos en Santa Elena eran tres: ceniza (con tuna y sin tuna), bordo de oro y uña de águila. Aparte de aquellas, en la actualidad se conocen por lo menos ocho variedades más, entre principales y secundarias¹¹; además del aspecto externo de la hoja, estas se diferencian por la calidad de la fibra.

¹¹ Las variedades principales de fiche conocidas actualmente son Ceniza, Espinosa, Castilla o Frontera de oro y Sisal. Son variedades secundarias la verde de cabuya, uña de águila, común de negra, chachagüeña, genoia,

La planta recibe el nombre genérico de maguey, fique o cabuya. Sin embargo, a nivel local se conoce como “maguey” al aguijón con flores amarillas que brota en medio de las hojas, cuya aparición señalaba el final de su vida productiva. La propagación no era compleja, ya que cerca de la planta mayor brotaban los retoños o hijos; también el viento dispersaba las flores que iban a posarse en las cercanías donde crecían las nuevas plántulas.

Cuando se magueciaba¹², le salía el maguey del centro, una mata de cabuya podía dar 200 hijitos o más, así colinitos¹³, así pequeñitos, así salían y ahí se reproducían, entonces ya caía al suelo y en eso los enraizaban ahí y hacían el almácigo de matas de cabuya. (Reinaldo de Jesús Atehortúa A., comunicación personal, septiembre de 2018)

El ciclo de vida de una planta podía alcanzar veinte años o un poco más, pero se requerían cerca de tres años para alcanzar la etapa productiva. En ese lapso los cuidados que se tenían con la planta eran pocos, solo era necesario limpiarla y desmalezarla, y para volver a sembrar solo se precisaba aflojar la tierra en derredor. Se sembraba en cualquier época del año y en cualquiera se cortaba. Tampoco necesitaba abono, al contrario, el bagazo de la hoja era un excelente abono para los demás cultivos. Cumplido ese tiempo se cortaban las primeras hojas de la penca joven, pero éstas no se aprovechaban para procesarlas, más bien se usaban como

común de tunosa, jardineña y espadilla. Recuperado en: <https://tejidotexturizado.wordpress.com/queeslaplantadefique/>

¹² Cuando a la penca le brota el maguey, lo cual estaba asociado con el fin de la planta. Por maguecear.

¹³ Brotes o hijos de una planta mayor.

abono, y era de las hojas del tercer corte de las que se obtenía la fibra. Esto ocurría a los seis u ocho meses después del primer corte.

[La hoja debía tener] cierto largor para poderla coger y que estuviera jecha¹⁴, porque es que cuando está muy niñita la coge uno y la raja y entonces va a tirar uno y se revienta y no sale nada. Apenas unas hebritas ahí chiquiticas, y cabuya jecha, eso queda grueso, grueso, grueso. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Luego de iniciar la etapa productiva, los cortes o sacas se hacían una o dos veces a lo largo del año.

La cabuya se cosechaba cada seis meses. Pero por lo tradicional, la gente de edad siempre acostumbraba cada año. Porque ellos tenían una teoría, que si la desfibraban cada seis meses se les magueciaba mucho la cabuya. Les salía ese maguey que hay abajo, y ahí la mata se muere. (Álvaro Patiño Alzate, comunicación personal, 16 de septiembre de 2018)

Beneficio o administración de la cabuya

Una vez cortadas las hojas de fique estas se procesaban o beneficiaban para obtener la cabuya, lo cual se hacía en tres pasos: desfibrado, lavado y secado. La característica más sobresaliente del beneficio durante el periodo anterior al auge de la cabuya fue el desfibrado con carrizo. A quienes trabajaban con esta herramienta se les llamaba carriceros; cabuyeros o fiqueros se denominaba a quienes cultivaban la penca. En esa época no se conocía otra forma diferente

¹⁴ Expresión referida al fruto que ha terminado el proceso de maduración. Hecha/o.

de desfibrar que no fuera con carrizo, a pesar de que su uso demandaba un trabajo intenso para obtener resultados, aunque bastante pobres.



Carrizo que se conserva actualmente en la finca silletera Abuela Sarito.
Fotografía Jorge Cano, Arbol Visual, 2019

El carrizo era elemental. Consistía en un madero rajado hasta cierto punto para dejar dos partes escasamente separadas, en cada una de las cuales se fijaba un zuncho¹⁵. Para desfibrar la hoja, el carrizo se sostenía en el suelo y el madero se juntaba arriba con una mano, mientras se hacían pasar en medio porciones de la hoja previamente rajada, jalándolas con la otra mano; de este modo, la fuerza y la compresión le sacaban el zumo y desprendían el bagazo¹⁶ dejando libres las fibras. Un antiguo cultivador de fique describe del siguiente modo el carrizo y la utilización que hacía de él.

El carrizo tiene un zuncho, mete uno y medio aprieta el carrizo y saca para acá, hasta la mitad de la penca [hoja] y la amontona; cuando está por la mañana es descabezando, eso lo llaman es *descabezar*¹⁷ y después de la una [de la tarde] en adelante ya comienza ya uno dizque a *despuntar*¹⁸, a sacar la punta, pues. Eso donde está pegada la mata la tumba uno y eso, la punta donde está pegada de la mata la llama uno el *jarrete*¹⁹ (...) Yo siempre, siempre, siempre a las 2 de la tarde comenzaba a despuntarla. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

La forma más recurrente de realizar el desfibrado era mediante el trabajo en familia, particularmente entre el padre y algunos de sus hijos. No era extraño que se hiciera de ese monótono oficio un juego o una competencia para ver quién sacaba más cabuya en menos tiempo.

¹⁵ Abrazadera de hierro u otro material empleado para sujetar, asegurar y mantener unidas las partes de una pieza o estructura.

¹⁶ Residuo de los frutos que se exprimen para sacarles el jugo.

¹⁷ Se refiere a pasar la hoja por la parte más ancha y más cercana al tallo de la penca.

¹⁸ Se refiere a pasar la hoja por la parte más delgada y más distante del tallo.

¹⁹ Forma popular de nombrar el talón. En el lenguaje asociado con la cabuya se refiere a la parte que une la hoja con el tallo de la penca.

Sí, cuando se empezó a vender la cabuya era cabuya sacada en carrizo, todo el mundo, el que más sacaba, sacaba 8 o 10 libras al día. Pero yo llegué a sacar hasta 18 libras de trabajo al día. Y eso el que era guapo para sacar y mi papá que trabajaba como un burro; entonces él trabajaba y yo por ahí de 16 años, yo trabajaba sacando cabuya igual a él, y él siempre, por ejemplo, me llevaba una libra de ventaja más. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Este trabajo también podía hacerse de manera asalariada, al pagarle un jornal diario a un trabajador que no era parte de la familia.

...entonces él [el padre, don Eladio Atehortúa Ospina] tenía [contrataba] por ahí cuatro o seis trabajadores y cuando había cabuya les daba un día de trabajo. Pero el que más sacaba, sacaba por ahí 12 libras o cosa parecida, eso depende de la *verraquera*²⁰ con la que cada cual trabaje, pero un tipo que no sacaba siquiera 10 libras ya no pagaba (...) ¿El jornal en esa época? 30 centavos si le daban la comida o 50 si llevaban el almuerzo (...) Eso pagaba mi papá y era uno como que de los que más pagaba o de los que tenían más *modito*.²¹ No había quién les pagara más. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

²⁰ Cualidad de persona decidida, de carácter, valiente, corajuda, audaz, tesonera, que nada la detiene, dispuesta a afrontar las dificultades y capaz de grandes tareas.

²¹ Capacidad económica, holgura, posibilidad.

Algunos daban la cabuya en compañía a personas más pobres o que no tenían tierra para cultivar. Del total de hojas cortadas la partición se hacía por mitades o a la tercia -por terceras partes-.

...y mi papá [Eladio Atehortúa Ospina] tenía un poquito de cultivo también, pero a él casi no le gustaba sino sembrar, sembrar y sembrar comida, pero sí tenía maticas de cabuya y entonces se las daba a otros que eran más pobres, “corten esa cabuya” y la cortaban y sacaban la cabuya, pues, gente más pobre, que no tenían más qué hacer y entonces él les daba que cortaran la cabuya, la sacaban y se la llevaban. El que era muy agalludo, les daba la cabuya a la mitad, pues si sacaban 10 libras le tenían que dejar 5 a él y entonces mi papá era como más..., o muchos eran así, muy humanitarios y “no, me dan la tercera” y claro que ellos mismos la sacaban, trabajaban el día, sacaban por decir 10 libras, se llevaban 7 y le dejaban 3, entonces esas 3 uno las iba lavando. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Después de la primera pasada de la penca por el carrizo, la cabuya se enrollaba en la mano libre, para la que no se disponía de ninguna protección; por tanto, la sustancia cáustica del zumo producía efectos abrasivos en la piel:

[El zumo era dañino] para los ojos. A mí me caían unos chorros que me hacían chapalear²². Eso era haga de cuenta agua, pero espeso, espeso, verde. [En las manos] hacía huecos como un verriondo²³. Yo recuerdo que había veces que cuando estaba el tiempo como está ahora, lloviendo, salía uno por la tarde con los dedos todos

²² Retorcerse o resistirse.

²³ Mucho, en exceso, de manera exagerada.

envueltos en trapos, en pedazos de trapo para poder sacar (...) y... eso arde muy verriondamente. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

El lavado y el secado eran los pasos siguientes del beneficio, necesarios para dejar la fibra lista, tanto para la venta como para su posterior elaboración. La descripción acerca del lavado es bastante simple: la cabuya se depositaba en una fuente de agua cercana a la vivienda -una acequia²⁴, nacimiento, charco o quebrada-, con los respectivos impactos que esto producía sobre la vida acuática, no reconocidos en aquella época; luego de varias horas se sacaba de allí y sacudiéndola se le quitaba el exceso de agua antes de ponerla a secar. En las fuentes consultadas se menciona, además, que luego del desfibrado los manojos se dejaban vinagrar durante toda la noche antes de proceder al lavado, pues esto facilitaba el desprendimiento de los residuos restantes.

²⁴ Zanja o canal pequeño que conduce agua, especialmente para el riego.



Disposición de la cabuya para el secado. “Cultivo de cabuya”.
Fotografía Gabriel Carvajal. 1973. Archivo BPP.

El secado se hacía al aire libre. Los manojos de cabuya se depositaban sobre pasto o grama para que recibieran el sol y el calor del día, y lograr así el color claro y parejo que exigía su venta. En esta etapa del beneficio, sin embargo, la cabuya no podía recibir más humedad; por tanto, era preciso estar expectantes porque si llovía había que recogerla y ponerla bajo resguardo para continuar el secado al día siguiente.

[Se demoraba secándose] por ahí dos días. [Y si había mal clima] había que entrarla porque se viraguaba²⁵. Se viraguaba si la dejaba allá... se ponía negra. Y era importante que la cabuya estuviera blanquita, bien blanquita, bien bonita. Digamos, hoy la lavaba, ya la ponía uno al sol, ya para salir era que ya estuviera algo secona, la

²⁵ Mancharse, oscurecerse o cambiar de color. También se dice *marearse* o *vetearse*.

sacudía a botarle más bagazo a eso y ya al otro día ya la entraba seca del todo.
(Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Cuando se compara el resultado del beneficio durante este periodo y el siguiente, se observa que la calidad final de la cabuya en la primera época era deficiente, pues el carrizo no lograba desprender completamente el bagazo y eso no se podía remediar en los pasos que seguían.

Los compradores de cabuya se guiaban mucho por la calidad y la examinaban bastante. (...) Había veces que no quedaba muy bien, que quedaba sobrante entre el descabezado y el despunte y eso lo llamaban palo. “Eso tiene mucho palo” decían, lo calificaban así. El manojito iba torcido y le buscaban donde empezaba el despunte y ahí buscaban el palo. Eso también sucedía muchas veces por los carrizos que estaban acabados por el centro, en el encuchillado²⁶. El carrizo era un solo palo con esa cuchilla en la mitad y la cuchilla se iba desgastando, por lo que no ajustaba bien, aunque uno lo apretara, y le quedaba palito a la cabuya, le quedaba un poquito de guasca y al secarse quedaba como un palo. (Alfonso Ríos Ramírez, comunicación personal, octubre de 2017)

²⁶ Parte filosa o conjunto de cuchillas de una herramienta o máquina.

Hilando, hilando, hilando cabuya

Por esta tierra no se sacaba hilo de cabuya, por acá no; eso era por los lados de Guarne abajo ya, por allá por La Mosquita, por allá por esos lados de allá, sí (...) por aquí más que todo se vivió más de las flores, de las flores más bien. Porque ese destino de hilar cabuya también era muy cansón, eso era uno todo el día con una atalaya²⁷ ahí volteando para arriba y para abajo y eso era bravo. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

De las poblaciones del Oriente antioqueño, Santa Elena no fue tierra de hiladores, como si fue San Vicente²⁸ y tampoco de tejedores como fue Guarne. Sin embargo, los habitantes rurales de Guarne que conforman en la actualidad el territorio cultural de Santa Elena –San Ignacio, La Brizuela, parte de Barro Blanco y Piedras Blancas- tenían en aquella época mayores alicientes para trabajar el hilo, por su cercanía con la cabecera del municipio de Guarne, pues a su mercado dominical solía llegar de los alrededores la cabuya en rama y el hilo.



Finalizado el beneficio este era el aspecto de la cabuya en rama. Fotografía Jorge Cano. Árbol Visual, 2018.

²⁷ Lugar elevado desde el que se puede observar gran extensión de terreno o de mar.

²⁸ En 1986 se producía hilo en 11 veredas de este municipio. Arcila, 1986, 84.

Había tres calidades de hilo. Éstas dependían de varios factores: el color, el grosor, los empates, la torsión y las fibras sobrantes. El hilo fino o de primera debía ser delgado y resistente, los empates no podían notarse ni aumentar el diámetro; la torsión debía ser constante y pareja para que no se produjeran moños o carrujas²⁹ y no podían sobresalir fibras más cortas o sobrantes (Arcila, 1986, 91-92). Las dos primeras llegaban a los talleres de los artesanos para alimentar sus telares de mesa en los que se producía la tela para fabricar los costales, sirviendo el de primera para la urdimbre y el de segunda para la trama.

En esta primera época los artesanos fabricaban dos tipos de costales. Los de *reja* o angeo eran los más burdos y *ralos*, porque tenían la trama más ancha y se utilizaban para empacar leña, carbón, panela o papa. Los *tupidos* o finos, es decir, los que tenían la trama más estrecha servían para empacar los granos como el maíz y el frijol; años más tarde también el café y el arroz. El hilo de tercera era el más grueso y se utilizaba para hacer lazos y trenzar.

Para hilar se empleaba el torno de pedal, una máquina que data de varios siglos atrás, compuesta por una rueda y un pedal unidos por una polea. El hilado requería de ciertas habilidades que se aprendían con la práctica; pero, sobre todo, era imprescindible sincronizar el pie que impulsa el pedal y pone a girar la rueda, con las manos que van uniando los cadejos de cabuya. Del manajo o madeja de cabuya en rama se iban separando porciones más

²⁹ Los moños o carrujas se producían cuando la torsión era excesiva.

pequeñas o cadejos, los cuales se unían con los dedos, mientras el torno de pedal o la taraba -si era para lazos- iba dando vueltas para torcerlo.



Torno de pedal que conserva la familia Amariles Espinosa. Fotografía Jorge Cano. Árbol Visual, 2018.

Al hacer con la máquina uno iba empatando y empatando y la máquina va volteando. Tiene que tener una habilidad de las dos manos y el pie. Con el pie echar traba o sea darle manivela al torno y con las dos manos ir desgajando del cadejo e ir empatando el hilo, tirando y haciendo el rollo. Porque el torno tiene una varilla y en esa varilla

uno iba envolviendo el hilo que iba retorciendo y a lo que ya estaba grandecito lo sacaba y empezaba otro. (Rosalba Amariles Espinosa, comunicación personal, 20 de septiembre de 2018)

Para hacer los lazos se empleaba la taraba, un instrumento más pequeño y rudimentario que sigue el mismo principio del torno, es decir, ayuda a torcer los cadejos de cabuya mientras se empatan. Su acción se denomina tarabeo y se trataba de un oficio similar al hilado, solo que para su realización se requería la participación de dos personas: mientras una accionaba la taraba dando vueltas a una pequeña rueda, la otra extendía los cadejos y los empataba (Arcila, 1986, p.37).

La fabricación de costales se concentró en los talleres localizados en la cabecera municipal de Guarne y en algunas veredas de Rionegro y San Vicente. En Santa Elena, en cambio, primó la producción de cabuya en rama.

Los tejedores de tela de costal requerían hilo de cabuya en grandes cantidades, una labor que, como ya se dijo, tenía como especialistas a campesinos y campesinas del vecino municipio de San Vicente (Arcila, 1986); si bien, algunas familias de las veredas de Guarne que hoy en día se consideran parte del territorio cultural de Santa Elena, también la ejercían.

En las primeras décadas del siglo XX, la mayor demanda de costales provenía de las minas de carbón de piedra de Amagá, pues servían como empaque para transportarlo a Medellín y los municipios del Valle de Aburrá, donde aquel era utilizado como combustible en los hornos de la naciente industria y las locomotoras del Ferrocarril de Antioquia.

Para la tela de cabuya se utilizaban telares horizontales o *telares de mesa*, máquinas completamente manuales consistentes en dos partes separadas: la mesa y el cuerpo. La primera es una estructura de madera donde se pueden colocar hasta 120 carretas y de donde salen los hilos que forman la urdimbre³⁰; en los telares más antiguos la mesa se disponía de forma horizontal ocupando mucho espacio, por eso en los posteriores esta se colocaba de manera vertical.

El cuerpo del telar está compuesto por dos rodillos que templan los hilos de la urdimbre, por guías para hilos, por dos marcos o lizos, un par de cimbras o pedales, peine y lanzadera. Los lizos son un par de marcos de madera colocados a poca distancia uno delante del otro, cada uno de los cuales cuenta con cerca de 60 argollas, por las que se hacen pasar los hilos. Dichos marcos, unidos por sendas poleas fijas de la estructura del telar, suben y bajan de acuerdo con el movimiento de los pies sobre las cimbras; cuando una está arriba, la otra está abajo y la alternancia de los dos grupos de hilos de la urdimbre forma un espacio intermedio o *calada* por donde se hace pasar la lanzadera. Esta es una pequeña barca de madera hueca que contiene un carretel con el hilo de la trama insertado en dos varillas que le permiten girar libremente.

El tejedor sostiene en una mano la lanzadera, la hace pasar por la calada, la recibe con la otra mano y así atraviesa la urdimbre con la trama. Con la mano libre toma el peine, lo atrae y fija ese hilo (trama). El peine es otro marco móvil de menores dimensiones que los lizos, hecho de madera muy fina y resistente, y cruzado por delgadas láminas metálicas colocadas de filo y dispuestas en hileras, entre cuyos espacios pasan los hilos de la urdimbre.

³⁰ Conjunto de hilos longitudinales que se mantienen en tensión en un marco o telar. Se diferencia del hilo que se inserta entre la urdimbre, el cual se llama trama, contrahilo o relleno.

Los lizos están unidos, por lo general con lazos de cabuya, a cada una de las cimbras; por eso cuando se abre la calada, por donde pasa la lanzadera con la trama, uno de los pies del tejedor está presionando el pedal hacia abajo y cuando devuelve la lanzadera en la dirección opuesta el pie contrario es el que está abajo. (Arcila, 1986, p.104-107)

Pocas personas en Santa Elena recuerdan cómo eran los telares de mesa, entre ellas, Miguel Ángel Atehortúa quien a sus 96 años es una de las personas de mayor edad allí. De sus periódicas visitas a la casa de sus abuelos paternos, cuando aún era niño, recuerda haber ayudado a surtir los carretes con hilo de cabuya.

...cuando salieron los telares él [el abuelo Nicolás Atehortúa] si trabajaba todo eso, pero ya los hijos estaban grandes y él compró el telar y puso a los hijos a trabajar, no a mi papá [Eladio Atehortúa Ospina] porque él ya se había casado y vivía aquí [en La Palma], pero otros que estaban solteros allá; pero yo estaba por ahí de 8 años y a mí me gustaba mucho eso allá porque él vivía ahí cerquita a Guarne [sector La Playa] y lo ponían a uno a surtir el telar. Eso cogían una paleta y esa en un momentico se acababa y a lo que ya se acababa tenían que coger otro y cambiarla, entonces había que tener [listos] esos [carretes³¹].... cuando ya se acababan esos había que cambiarlos y otra vez... El telar era una cosa muy grande, (...) primero era el tendido... el hilo, pues, de las carretas, que ese era un hilo más fino y entonces la traba era otro (hilo)

³¹ Conos de hilo de cabuya para la urdimbre.

que era también en una lanzadera³², (...) entonces con los pies abría por donde la pasaba y entonces con el otro pie pegaba el otro y entonces pasaba al otro lado, eso era una cosa muy técnica. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Del telar salían rollos de tela de decenas de metros que luego se cortaban y cosían por uno de los lados, hasta obtener costales de diferentes calidades y tamaños.

Ellos (los tíos) hacían primero la tela en rollos y después se cortaba y se cosían los costales del tamaño que fuera; con la aguja que llaman *arria o capotera*³³, uno ensartaba de ese mismo hilo y los iba cosiendo. Se cosían y se bordeaban. Hacían pilas de 10 o 12 costales, paquetes, para vender. Era a Guarne a donde llevaban eso, porque fue una región de pura cabuya. (Rosalba Amariles Espinosa, comunicación personal, 20 de septiembre de 2018)

Trenzando y torciendo

Los objetos más corrientes hechos en cabuya eran lazos, costales, cinchones y partes para enjalmas³⁴, jíqueras³⁵ o líchigos³⁶ y alpargatas³⁷. Pero tal y como ya se mencionó, en Santa Elena el principal era el cargador, una faja de 1 metro de largo por 30 centímetros de ancho

³² Pequeña “barca” de madera hueca con dos puntas de metal y un ojo en un extremo. Contiene el carretal con el hilo de la trama, en el telar horizontal o de mesa.

³³ Aguja larga, gruesa y curva.

³⁴ Aparejo para las bestias de carga parecido a un caballete o silla de montar que se les coloca para proteger su lomo de las mataduras que produce el constante roce de la carga. Se fabrica con lona y con sendas tapas tejidas en fique, cosidas entre sí y rellenas de paja. Adicionalmente cuenta con dos cinchas o cinchones, es decir, fajones hechos también de cabuya tejida, uno de los cuales cruza alrededor de la barriga del animal, mientras el otro fajón rodea el anca.

³⁵ Bolsa de tela o fibra vegetal que se cuelgan del hombro o atravesadas sobre el pecho.

³⁶ Pequeño bolso de fique que se lleva al cuello para poner el dinero.

³⁷ Tipo de calzado de fibras naturales como el algodón, pieles de animal o lona con suela de esparto, fique o cañamo, o una mezcla de yute y caranday (en Argentina), esparto (en España y otros países), que se asegura por simple ajuste, un trozo de elástico cosido a la tela o con cintas.

que la persona se ponía en la frente para ayudarse a alzar los bultos o cualquier otra clase de carga. Tan importante era que cuando a un jornalero se lo contrataba, una de las condiciones que se le exigía era que dispusiera de su propio cargador; también en la familia campesina cada uno de los trabajadores poseía el suyo.



Demostración del uso del cargador. Fotografía izquierda María Teresa Arcila.

Fotografía derecha Jorge Cano. *Árbol Visual*, 2018.

Si se usaba de manera continua, un cargador podía durar cinco o seis años, al cabo de los cuales era reemplazado por otro que, por lo general, había sido tejido por algún miembro de la familia. Su elaboración era sencilla. Se utilizaba un telar vertical consistente en *cuatro palos*, que podía armarse en cualquier sitio; don Rubén Amariles Patiño, por ejemplo, lo armaba en una escalera.

Pone dos travesañitos, arriba y abajo, a la medida del largo, y ya comienza uno a meter [el hilo] y va trabajando con un palito le va cosiendo y va apretando, va quedando apretado. La pasa para allí, la aprieta, [una vuelta] por encima, [y la otra] por el otro lado [por debajo], y ya. Va trabando y va quedando así. (Rubén Antonio Amariles Patiño, comunicación personal, agosto de 2017)



Don Rubén Amariles tejiendo un cargador en telar vertical.
Fotografía Jorge Cano. Árbol Visual, 2018

Un detalle que no puede dejarse de lado en la fabricación de un cargador es que la cabuya no se hilaba, sino que se torcía; es decir, para realizar pequeñas obras de cabuya como esa, no se usaba el torno sino la pierna, lo cual hacía que el trabajo fuera dispendioso, demorado e incluso cuando se hacía todos los días, dejaba marcas en la piel.

...Sacábamos la cabuya, la lavábamos, la poníamos al sol, la torcíamos para hacer el cargador; pero la cabuya se torcía aquí en la pierna, no era en máquina, era aquí, mientras que rezaban tuerza cabuya y tuerza cabuya, y “Hombre que encargaron cinco

cargadores para esta semana, toca torcer cabuya *como un chucho*³⁸. Las muchachas a sacar cadejitos y los otros iban [torciendo] (...) Todos aprendimos gracias a Dios, a hacer cargadores, a [hacer] mochilas³⁹. (Oscar de Jesús Atehortúa Ríos, comunicación personal, 2013)

En su testimonio don Jesús Antonio Atehortúa Zapata, quien cuenta en la actualidad 94 años, recuerda que su abuela hacía lazos que llevaba a vender a Copacabana; y en su propia familia, él y sus hermanos hacían cargadores, jíqueras, arretrancas⁴⁰, cinchas⁴¹ y cinchones en telares *de palos*. Hasta hace poco tiempo también hacía jíqueras pequeñas para que los cazadores llevaran el pertrecho⁴² y de regreso trajeran lo cazado.

Yo hacía 12 cargadores en un día habiendo la cabuya torcida. Porque para torcerla no los hace, no alcanza sino a torcer la cabuya si acaso y esto es que alcance a torcer la cabuya en el día. Un cargador... eso se lleva 24 o 48 varas⁴³, según el cargador sea, si es común sí, pero si es cargador más ancho lleva mucha más cabuya. Ni en la noche es capaz de torcerse más de un cargador, yo me he puesto a torcer toda la noche y entonces saco para dos cargadores. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

³⁸ Expresión coloquial para decir en mucha cantidad.

³⁹ Bolsa de tela, lona o fibra natural que se cuelga de un hombro y sirve para llevar pequeñas cargas.

⁴⁰ Tirantas de cabuya con que se asegura la enjalma al anca del animal.

⁴¹ Especies de fajas de cuero, cabuya o cáñamo que abrazan y sujetan la enjalma o la silla del animal rodeándolo por la barriga.

⁴² Instrumentos, herramientas y dispositivos necesarios para la cacería.

⁴³ Medida en desuso que corresponde a 0,84 metros

Don Jesús Antonio le enseñó a tejer cargadores a su sobrina María Elena y a Beto, un hermano de ella, hijos de Aurora, una de sus hermanas, que fuera lavandera. Ahora, María Elena los hace por encargo, pero ya no emplea cabuya sino la fibra sintética porque para ella ésta resulta más fácil de trabajar.

Fue viendo hacer los cargadores a su papá, Federico Hernández, como aprendió doña Rosana Hernández Soto, una de las pocas tejedoras de cargadores que quedan en Santa Elena y quien reside en la vereda Piedra Gorda.

Yo le ayudaba a templar cabuya, la envolvía en los tambores y así aprendí. La cabuya para los cargadores la teníamos que hacer nosotros mismos. Y cuando hacíamos los primeros cargadores con mi papá, a mí me tocaba torcer la cabuya en los muslos, y ¡eso me dejaba unas ronchas...! (Rosana Hernández Soto, comunicación personal, 20 de septiembre de 2018)

En la actualidad, el uso del cargador se ha reducido notablemente, aun cuando todavía los campesinos más tradicionales lo conservan. Para don Jesús Antonio Atehortúa Zapata hoy en día es poca la gente que utiliza cargadores y los encargos se reducen a los que se usan para cargar las silletas durante el desfile de la Feria de Flores.

El mercado de la cabuya

A lo largo del extenso periodo que antecedió al auge de la cabuya, Guarne fue el referente de las veredas de Santa Elena para la venta y comercialización de la fibra. De ese municipio se recibían también distintas novedades e influencias.

Algunos campesinos también llevaban la cabuya al mercado de Rionegro. Según recuerda la señora Rosana Hernández Soto, en la época de su infancia y juventud ella y sus hermanos

salían con su papá a vender la cabuya en rama⁴⁴ a Medellín y a Rionegro, mientras otros que la trabajaban, es decir la hilaban, la vendían en Guarne.



Mercado dominical de Guarne. Fotografía Gabriel Carvajal. 1965. Archivo BPP.



Mercado dominical de Rionegro. “*Rionegro [Mercado popular]*”.
Fotografía Gabriel Carvajal Pérez. 1965. Archivo BPP.

⁴⁴ Denominación que recibía la fibra sin otro proceso adicional fuera del lavado y el secado-

Con la cabuya en rama se hacían manojos, que se juntaban por centenas hasta formar un bulto, el cual se ataba fuertemente para facilitar su acomodación en la espalda. Así llegaba la cabuya los domingos a la plaza de mercado de Guarne, donde concurrían compradores y vendedores.



Camino del mercado. “*Campesino*”.
Fotografía Gabriel Carvajal Pérez. Sin fecha. Archivo BPP.

Ahí en la plaza se le vendía al primero que la comprara. El primero que la comprara se la llevaba y eso que yo ya con el tiempo ya tenía cliente para llevarla, ya se sabía, iba y apenas me veía ese hombre llegaba: “¿Trajo cabuya?” y “Si por ahí un poquito”. Es que fue mucha la cabuya que yo cargué a la espalda para Guarne, la última vez me

cargué 14 arrobas a la espalda, desde aquí [La Brizuela]. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Refiriéndose a la demanda que tenía el hilo en Guarne, don Jesús Antonio Atehortúa hace algunos apuntes, de los que se puede concluir que la venta no era muy fluida y que, generalmente, la demanda era inferior a la oferta, razón por la cual los campesinos productores debían venderla al primero que les ofreciera comprarla y muchas veces, al precio que este les dijera.

El precio que le dijera el primero, a ese precio tenía que darlo siempre, ya no le encontraban más [comprador], no crea que... “ah, esperemos a ver que venga otro a ver si me da bastante”. El mismo. Yo había a veces que llegaba y me quedaba con él allá hasta las 12 (m) dizque a ver si de pronto podía venderlo a más, muchas veces fue que tenía que guardarlo o traérmelo otra vez para acá. Antes ya tenía que darlo más barato y ahí sí no. “Mejor me lo llevo para la casa”. (...) eso ya según lo que nos dieran, ya quedábamos conformes con eso. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Los valores asociados a la comercialización del hilo y la cabuya en rama eran diferenciales debido al mayor esfuerzo y trabajo concentrado que implicaba cada uno, sobre todo, el del hilo.

Aquí tenía torno para hilar cabuya y yo estuve mucho tiempo también hilando cabuya.

Yo una semana sacaba y otra semana hilaba, ¡porque como valía más! La cabuya así en

rama era por ahí a 50 [centavos], fue subiendo, fue subiendo, la última que me tocó venderla a 1,50 [pesos] la libra. El hilo, eso era pesado, también a 2,50 la libra. (Jesús Antonio Atehortúa Zapata, comunicación personal, 13 de septiembre de 2018)

Medellín era otra plaza importante para la venta de cabuya. Cuenta doña Rosana Hernández Soto que todos los productos de la parcela familiar “los llevaban a vender a Cisneros: flores, papa, legumbres y cabuya, esta última en madejas grandes” (Rosana Hernández Soto, 20-09-2018, vereda Piedra Gorda). Sin embargo, como el mercado de cabuya tampoco era muy activo, algunos campesinos aguardaban hasta que la cantidad se justificara para llevarla hasta allá.

...mejor dicho, no se había emberracado la cabuya, pero entonces eso lo guardaban y de pronto resultaba una arroba de cabuya, por ejemplo, la llevaban un día cualquiera a Medellín y la vendían en un depósito allá y entonces... siempre era por demás, pues eso guardándolo ahí, guardaban 20 libras o 30, demoraban un mes para llevar cualquier cosa entonces eso servía. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)



Plaza de Cisneros a comienzos del siglo XX. Fotografía Rodríguez. 1910. Archivo BPP.

Allí los costales de cabuya, particularmente los más ordinarios o *ralos* denominados también *paneleros*, estaban asociados con la compraventa de carbón en la primera mitad del siglo XX, cuando la ciudad no contaba con servicio de energía o electricidad. Como eran poco durables algunas mujeres se dedicaban a remendarlos haciendo de ello una ocupación. Vale la pena escuchar un bello episodio sobre las remendonas de costales en las carbonerías de la ciudad, quienes le compraban a don Eladio el hilo en pequeños cadejos que sacaba su hijo Miguel Ángel, cuando este aún era un niño.

...en Medellín donde no hubiera una cuadra que no hubiera una carbonería, no existía Medellín; eso era una carbonería aquí, si se movían dos cuadras había una carbonería en otra parte, entonces la gente traía el carbón... el carbón lo traían de Amagá, de esos lados

de por allá y todavía existe, y entonces lo bajaban era a la plaza de, esa... [Cisneros], a la estación [del tren] y los cargueros de bestias los llevaban a las carbonerías, entonces eso gasta[ba] mucho empaque y entonces mi papá como conocía eso y siempre fuera avispadito⁴⁵ para no fregarse⁴⁶, entonces se conoció una carbonería ahí donde son las Torres de Bomboná, ahí más arribita en Pichincha, ahí bajando donde hoy hay un parqueadero; eso era una cosa grande y entonces habían dos carbonerías ahí y ellos tenían una pieza donde guardaban las cosas cuando no (las) iban a vender y entonces allá había muchas viejas⁴⁷ que... no era más oficio sino remendar costales, [...], porque no aguantaba más de dos viajes el costal sin tenerlo que remendar, entonces lo remendaban y se ganaban cualquier cosa. Pero ellas tenían que comprar la cabuya para remendar, pues, para coserlos... Yo cuando tenía por ahí 12 años, sacaba 4 libras y me decía mi papá: “vaya saque cabuya porque es para llevarle a esas señoras allá a las carbonerías” y entonces a 15 centavos pagaban... le daban 15 centavos por libra. Y les gustaban [porque] eran unos fiquecitos chiquitos [...]. En vez de ellas comprarla [la libra de hilo] a 10 centavos, que [para ellas] era más perezoso [y] les rendía menos⁴⁸, era preferible comprarla por 15 centavos y a mi papá le iba más bien porque ¡a 15 centavos! Si se iba a venderles la cabuya, pues tenía que vender a 10 centavos [la libra], salía a 2,50 la arroba, eso era muy... [poco] y con eso tenía que vivir la gente. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

De cualquier modo, había que ganarse la vida y las condiciones no eran fáciles para nadie.

⁴⁵ Despierto, inteligente, vivo.

⁴⁶ Complicarse, molestarse.

⁴⁷ Señoras mayores o ancianas.

⁴⁸ Porque debían desenrollar el hilo para sacar cadejos pequeños.

Las heridas de la cabuya

Durante el beneficio, el principal impacto en el cuerpo y en la salud del trabajador campesino lo producía el zumo que desprendía la hoja de fique, el cual se concentraba en las manos, produciéndoles heridas. Sin embargo, ellos le restan importancia a este tema.

Eso picaba⁴⁹ bastante y cuando uno ya trabajaba mucho con eso, ya le sacaba hasta uñeros a uno, en la uña le sacaba sangre a uno, pero eso... no le paraba uno bolas a eso. (...) Cuando eso ni guantes se usaban tampoco para nada, eso era a la mano pelada. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

El hilado y el tejido también podían afectar la salud. De acuerdo con la señora Rosana Hernández Soto (20-09-2018, vereda Piedra Gorda), tejer la cabuya le producía callos en las manos y le reseca la piel. Desprendía, además, una pelusa que penetraba en los pulmones. Por eso, para tejerla lo mejor hubiera sido usar tapabocas, pero eso no se acostumbraba en aquella época.

A los cambios bruscos en la temperatura del cuerpo estaban asociados el reumatismo y otras deformaciones de los huesos, enfermedades que contraían las personas que hilaban. Por eso, la señora Rosalba Amariles Espinosa -quien trabajó al lado de su mamá, María del Carmen

⁴⁹ Esta palabra tiene múltiples usos y significados en Colombia. Aquí se usa como escozor o fastidio.

Espinosa y sus hermanas hilando cabuya hasta los 20 años de edad- contaba que ellas comenzaban a hilar a la 1 p.m., luego de terminar las labores domésticas, porque el hilado acaloraba mucho y ya después no era aconsejable mojarse.

Además de esto, había otras personas que manifestaban síntomas alérgicos asociados a la manipulación de la cabuya, como ronchas⁵⁰ por todo el cuerpo. La señora Amparo Parra Londoño⁵¹ (2017) refirió los efectos nocivos de la cabuya en la salud de su mamá, María Clementina Londoño Jaramillo, y los mínimos cuidados que algunos campesinos como ella tenían al manipularla.

...yo sacaba cuatro o cinco libras de cabuya [en carrizo] en el día. Porque esa, [la mamá,] no pudo con eso, no, era que le daba alergia. Sí, le daba alergia, ¡uf! Es que mucha protección no había, yo guantes no me ponía, pero sí me bajaba las mangas y un gorro. (Amparo Parra Londoño, comunicación personal, octubre de 2017)

Transmisión del oficio. *Uno viendo fue aprendiendo*

Como los demás oficios tradicionales, la enseñanza del procesamiento del fique o la producción del hilo no se hacían con la intencionalidad explícita de ser transmitidos y garantizar así su preservación. Su aprendizaje se daba de forma natural, dentro del seno de las familias campesinas, como resultado de la observación e imitación, ya que todos sus miembros debían participar desde muy pequeños en los distintos oficios que soportaban la su subsistencia. Es decir, la observación, la imitación y la práctica continuada eran la escuela.

⁵⁰ Sarpullido o reacción de la piel muy localizada.

⁵¹ La historia de vida de la señora Amparo Parra Londoño, mujer líder puede ser consultada en <http://raices.patrimoniomedellin.gov.co>

Cuando la familia tenía cabuya abundante en sus predios y trabajaderos, el tiempo de todos sus miembros estaba destinado al oficio y, de este modo, casi que sin darse cuenta adquirían los conocimientos necesarios para seguir realizándolo.

Pues mi mamá toda la vida trabajó eso. Después de que se casó ya no le tocó trabajar eso porque ya cambian las rutinas, pero como ya fuimos creciendo nosotros, ya le dijo mi mamá a mi papá: “yo quiero tener un arte aquí en la casa como para que esta familia vaya aprendiendo y alguna cosita vaya haciendo cuando ya vayan creciendo”. Entonces comenzó otra vuelta y se puso a hilar. Le dijo que le consiguiera un torno. Como eso era fácil de conseguir en Guarne o Rionegro, entonces empezó otra vez. Nosotros pequeñitos [y ella] empezó otra vuelta a hilar y, claro, uno viendo fue aprendiendo. Rosalba Amariles Espinosa, 20-09-2018. Vereda San Ignacio.

Esta primera parte del relato histórico referido a la cabuya ha resaltado la estrecha relación que se vivía entre los campesinos-cargueros, con su infaltable cargador, y el dispendioso oficio de sacar y beneficiar la cabuya, es decir de extraerla de la penca y elaborar productos utilizados por ellos mismos en sus trabajos de la parcela⁵². Tal y como se vio, la comercialización se daba de manera incipiente. Es en el siguiente periodo, con el correr del siglo XX, que el mercadeo adquiriría una mayor importancia. A ese tema dedicaremos el próximo aparte de este relato.

⁵² Un subproducto adicional del fique, que solo nos fue mencionado por una de nuestras entrevistadas (Rosana Hernández Soto), es el licor artesanal (destilado) conocido como *tapetusa*; ella también afirmó que con la cabuya se tejían tapetes.

IV

El auge o “cuando emberrionó⁵³ la cabuya”

1940 -1980

Y entonces cuando eso se emberrionó la gente a sembrar cabuya, nosotros sembramos mucha cabuya, yo recién casado, avemaría, desde muy antes, (...) se sacaba cabuya también⁵⁴.

El inicio del segundo momento de esta historia lo sitúa el señor Miguel Ángel Atehortúa muy temprano en el siglo XX, a fines de la década de los treinta, un periodo asociado al impulso generado por la Federación Nacional de Cafeteros (fundada en 1927), debido a que ésta requería grandes cantidades de *sacos almendreros*⁵⁵ para empaacar el café y su posterior comercialización y exportación.

Cuando [Alfonso] López [Pumarejo] estuvo en la presidencia [1934-1938], ahí fue donde le dieron impulso a la exportación de café y ahí mismo se propagó [sic] a hacer el empaque, que eso fue un impulso que hicieron mucho, [del] que vivía por ejemplo el Oriente [antioqueño]. Allí Guarne y San Vicente eran los municipios más proporcionados [sic] a la cabuya. Y salieron las empresas, los telares donde tejían el empaque para el café, que era una cosa muy exigente, eran unos empaques muy finos, (...) y tenían marcado con raya roja en el centro del empaque, unas rayas rojas, pero

⁵³ Intensificar, fortalecerse.

⁵⁴ Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal.

⁵⁵ Nombre dado comúnmente a los empaques de tejido fino y apretado para granos de menor tamaño.

no era que se las pintaban, sino que era de la misma hebra de cabuya; el que iba a trabajar eso tenía que tener el hilo para hacer el empaque. Pues el empaque de cabuya se propagó mucho por ahí desde 1930 o por ahí desde 1935 más o menos, sí, por ahí desde 1935 fue que empezaron la fuerza de sacar empaques de esa clase. Miguel Ángel Atehortúa Zapata, 22-08-2018. Vereda Barro Blanco.



Empaque *almendrero* o fino utilizado para exportar café. Fotografía Jorge Cano. Árbol Visual, 2018

Por aquella misma época se había formado en la ciudad de Medellín la Compañía de Empaques (1938), la cual produjo desde el comienzo empaque finos de cabuya para abastecer las necesidades de la Federación de Cafeteros. El auge de la cabuya no fue espontáneo ni natural. Desde los años cuarenta, la Compañía de Empaques estimuló la siembra de fique a

través de campañas que buscaban incrementar el suministro de la materia prima necesaria para ampliar el mercado de sacos y lazos de cabuya de todo tipo (Zamosc, 1981 citado por Arcila, 1986, p.74), en respuesta a la demanda abierta por la Federación de Cafeteros. No es exagerado afirmar, entonces, que el destino de los productores y artesanos de la cabuya se ató al de la Compañía de Empaques, pues mientras esta crecía, las posibilidades de los primeros decayeron producto de la competencia a muerte que se vivió en el siglo XX entre los pocos artesanos que quedaron del siglo XIX y la industria. Si bien durante un tiempo se sirvió de ellos, los abandonó después a su suerte. Por eso, esta historia de la cabuya no estará completa mientras no se conecte con la de esta empresa.

Mientras en Guarne, San Vicente y Rionegro la relación de los productores rurales con la Compañía de Empaques fue conflictiva desde un comienzo (Correa et. al., 1976; Arcila, 1986) ésta no se recuerda de igual manera en la franja del territorio cultural de Santa Elena. Incluso algunos de nuestros entrevistados no tenían nociones de la existencia de dicha empresa. Eso se debió quizás, a la especialización que de manera espontánea se dio entre los cuatro municipios vecinos, incluida el área rural de Santa Elena, y a la cual se ha aludido antes⁵⁶.

⁵⁶ En la producción de hilo de cabuya se especializaron 11 veredas de San Vicente y 2 veredas de Guarne.



Telares industriales. “*Compañía de Empaques*”. Fotografía Gabriel Carvajal, 1964.
Archivo BPP.

A fines de la década de los 80, y como resultado de la concentración de la producción artesanal de tela y costales de cabuya, en la zona urbana de Guarne llegaron a contabilizarse 140 talleres (Arcila, 1986, p.51). La concentración y especialización llevó a los artesanos de la cabuya de Guarne a depender directamente de las decisiones de la Compañía de Empaques, sin mucha flexibilidad para mudar de oficio. En cambio, los campesinos de Santa Elena concentrados en el cultivo y el beneficio, las dos primeras etapas del proceso, -de la tercera etapa, únicamente realizaban los cargadores-, pudieron sentirse menos vulnerados, pues al ser propietarios de sus parcelas pudieron cambiar de cultivos con mayor facilidad.

Los utensilios llamados cargadores, tal y como se explicó, se convirtieron en un producto artesanal fabricado con cabuya, de manera relativamente fácil. Éstos alcanzaron un uso intensivo en Santa Elena, donde los campesinos cargaban a la espalda todo tipo de objetos y

materiales, tanto dentro de las propias parcelas, como fuera de ellas. Ese sistema de carga se utilizó mientras el transporte se hizo por caminos de herradura, es decir, mientras no se disponía de la red vial que tiene hoy este territorio. Todavía en los años 60 y aun después de que se pavimentara la vía Medellín - Rionegro a la altura del barrio Buenos Aires y la loma de Santa Elena, los campesinos llevaban sus cargas a la espalda o en silletas por trochas⁵⁷ que se desprendían de aquella vía hasta sus respectivas veredas y parcelas.

Cambios en el paisaje rural

En las décadas de los cincuenta y sesenta del siglo XX ya no se gozaba del paisaje de bosques como antes; esto, por cuenta de la tala y la quema que produjeron evidentes cambios, y entre otras consecuencias de ese mal accionar, las maderas empleadas en la construcción de las viviendas, incluso las ordinarias, comenzaron a escasear.

... Cuando eso no había sino leña común para quemar carbón y... lo único que había era, por ejemplo, madera para hacer la casa, nada, era leña común y lo que servía era como alfardas⁵⁸ o de estos palos, vigas. Pues sí había por ahí, había un arrayán o un chilco que siempre era grueso ya para una viga, por ejemplo. Sí había maderas, pues, finas, que servían, hay muchas casas con alfardas redondas, puede ser chilco, sietecueros, ah, sietecueros no porque eso no da mucho, arrayán, chilco y sauco. Que hay maderas finas para armazones, había, por ejemplo, canelo ¿cuál era otro? Sí,

⁵⁷ Camino estrecho.

⁵⁸ Piezas de madera ubicadas siguiendo el sentido de la pendiente y en las cuales se clava la tablilla, en sentido perpendicular a estas.

chilco, arrayán, guayabo, servían como alfardas y esos sí había... es que ya la madera se acabó, en ninguna parte hay maderas. (Miguel Ángel Atehortúa Zapata, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Durante las décadas de auge, los cabuyales⁵⁹ se generalizaron dentro del paisaje rural de Santa Elena. Por todas las veredas se incrementaron los cultivos. Sin embargo, hubo algunas que fueron más productoras, entre ellas Perico, El Plan, Barro Blanco, San Ignacio y los sectores de San Miguel y La Palma.

En [la vereda] El Plan de Santa Elena era donde más cabuyita había. Pero tampoco todos los propietarios tenían cabuyal en la finca o en la huerta, eso era algunos. No todos. Ah, y donde había más cabuyales era en Perico, de la escuela de Perico para abajo había muchos, por allá también me tocó llevar la máquina, ahí en el Alto. (Jaime Hernández Soto, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

Además de las veredas ya mencionadas, otros también mencionan como veredas muy productoras las siguientes:

Lo que eran Barro Blanco y La Honda era donde más cabuya había. Por aquí en San Ignacio también había en una parte... un señor que se llamaba don Pedro Atehortúa, ahí sí había un cultivo de cabuya muy grande. Ese señor se podía sacar por ahí 1.000 o 1.200 arrobas de cabuya. (Álvaro Antonio Patiño Alzate, comunicación personal, 16 de octubre de 2018)

Otros cambios en el paisaje rural de Santa Elena están asociados a la construcción de las vías de penetración y la multiplicación de las viviendas. Durante los años sesenta, las vías de penetración comenzaron a sustituir los viejos caminos, y para ello se recurrió al trabajo

⁵⁹ Cultivos de fique.

comunitario a través de las juntas de acción comunal, institucionalizadas por el Estado durante el gobierno de Alberto Lleras Camargo, según la Ley 19 de 1958. También durante ese lapso, el tamaño de los predios rurales disminuyó debido a la subdivisión de estos entre los hijos que decidieron conformar sus nuevas familias y también por la venta a otras personas. Esto incrementó el número de viviendas, localizadas cada vez más cerca entre ellas.

Cambio técnico: la desfibradora de motor

Si la etapa anterior se asoció con el carrizo, la segunda, de auge de la cabuya, estuvo marcada por la utilización de la desfibradora a motor⁶⁰. Esta reducía el tiempo y el esfuerzo humano empleados para extraer la fibra, lo cual incrementó la productividad en el trabajo. Todo ello en una estrecha relación con el aumento de la demanda de cabuya en rama, por parte de la Compañía de Empaques, para surtir sus telares eléctricos.

Las desfibradoras o máquinas de cabuya, como se las llamaba, y su ruidoso desplazamiento harían su aparición en las veredas figueras de Santa Elena durante la década del cincuenta. Venían de Guarne, traídas por campesinos que residían en veredas como La Honda, La Mosca, La Mosquita y San José, quienes habían invertido un pequeño capital con el fin de hacer negocio o tener una ocupación que les permitiera subsistir. Nuestros entrevistados no sabían de dónde habían surgido o quién las había inventado.

⁶⁰ Esta es una máquina dotada con un motor de gasolina de 5 a 9 caballos de fuerza y un cilindro con varias cuchillas metálicas que raspan la pulpa de la hoja (Zamosc, 1981, p.26).

La cabuya se desfibraba, porque eso lo desfibraban unos señores de los lados de Guarne. Esos señores subían casi prácticamente de Guarne, por ahí cerquita de la autopista, en una vereda que se llama San José. Ellos conversaban con mi papá... “¿Cuándo vamos a venir a desfibrarle la cabuya?” “Ah, tal día. Vengan cuando quieran”. Ellos venían aquí a la casa, instalaban la máquina, desfibraban toda la de la huerta... De aquí se pasaban para la otra finca, enseguida. Digamos para esa finca de allí del frente, ahí había tres dueños, y había cabuya... eso era todo lleno, lleno de cabuya... (Álvaro Antonio Patiño Alzate, comunicación personal, 16 de septiembre de 2018)



“*Fiquero*”. Fotografía León Ruiz. 1961. Archivo BPP.

La desfibradora de motor es descrita de la siguiente manera:

La máquina era una mesa de 1.40 [metros] de larga, de 50 centímetros de alta, en la parte de adelante iba un molino, aquí iba otro aparato que se llamaba pechero. Entonces el molino daba la vuelta y aquí metía la penca por una boquita acá; eso era

completamente cerrado, con una medio lucecita, del molino contra el pechero; ahí no cabía sino la hebra, mejor dicho. Uno metía la penca por la cabeza, la cogía de la punta, metía la mitad y la devolvía, y cuando ya la devolvía ya venía con la hebra sola; entonces ya volteaba uno y cogía la penca y la despuntaba y ya quedaba toda la hebra lista y la tiraba a un montón. Iba haciendo los montones de la fibra. Y le íbamos haciendo los manojos y la llevábamos a un lavadero. (Jaime Hernández Soto, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)



“Compañía de Empaques”. Fotografía Gabriel Carvajal Pérez. Sin fecha. Archivo BPP.

La introducción de la desfibadora a motor generó un importante aumento de la productividad. Mientras que un trabajador con un carrizo desfibaba 12 libras de cabuya al día, en promedio, o tal vez como máximo 18 libras, en ese mismo tiempo la máquina sacaba

alrededor de 10 arrobas. Además, esta tenía una gran ventaja: se armaba y desarmaba con gran facilidad, lo cual permitía su traslado de una finca a otra:

Uno esperaba sí que tuviera toda la finca ya de corte para darle el corte completo a toda la finca, para que justificara la traída de la máquina. Él empezaba digamos... en una finca y ya el vecino tenía [fique] “cuando termine, donde usted termine, que pasen allá a la finca mía” Y así se iban yendo. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Aun cuando la desfibradora de motor introdujo esos importantes cambios en el desfibrado de la cabuya, los campesinos seguían lavándola y secándola de la misma manera como lo hacían antes. Sin embargo, la calidad de la fibra era una exigencia cada vez más apremiante de parte del más importante -si no el único- comprador de ese periodo: la Compañía de Empaques. Producto de un adecuado beneficio se esperaba que la fibra tuviera un color claro y parejo, y que fuera liza y suelta. Es decir, sin nudos ni engrosamientos. El lavado requería suficiente cantidad de agua; el secado debía tomar el tiempo suficiente para eliminar el exceso de agua y el desfibrado la presión necesaria de las cuchillas sobre la hoja. Para cumplir con esta última condición era muy importante que se le diera un buen mantenimiento a la máquina desfibradora, especialmente al *pechero* o base circular, contra la cual cerca de treinta cuchillas de metal de un cilindro en movimiento raspaban la hoja de fique hasta desprender la pulpa.

Las calidades de la cabuya en rama se diferenciaban por el estado del *pechero* y se identificaban de la siguiente manera: cabuya *de pechero limpio*, la de mejor calidad por haber tenido un adecuado beneficio; y la cabuya *de pechero rallado*, que presentaba las fibras

pegadas por los residuos de pulpa que dejaba el desfibrado inadecuado, derivado del mal ajuste de las cuchillas y de un lavado que no había terminado de desprender la pulpa.

La adaptación de estos campesinos al nuevo sistema de desfibrado no fue fácil, pues debían conocer la mecánica y el funcionamiento de la máquina para repararla y darle el mantenimiento periódico necesario para obtener el producto de calidad que se les demandaba. Y así mismo, es pertinente acotar que, por cuenta de los descuidos o del deficiente manejo de la máquina se presentaron muchas mutilaciones en fiqueros, motoristas y ayudantes.

La máquina es muy peligrosa. Digamos, uno esta penca tiene que echarle cierta parte, de lo que nosotros le llamamos jarrete, que es lo que es la parte de abajo. Lo que lo une a la mata. Entonces, uno tiene que desfibrar primero eso y dejarle un pedacito de eso para despuntarlo. Y es bravo, porque después de que desfibró cierta parte, tiene que agarrar el cadejo desfibrado. Tiene que tenerlo muy bien tenido, porque si no la máquina lo jala. Uno tiene que echársela suave de modo que la máquina no se la arrebate de la mano. Cuando la máquina le pegó un tirón, suéltele la penca. Uno no puede como así a tenérsela, no, déjela que se vaya. (Álvaro Antonio Patiño Alzate, comunicación personal, 16 de septiembre de 2018)

A pesar del avance tecnológico, los efectos del zumo de la penca en la piel de los trabajadores continuaron presentándose, porque tampoco adoptaron en este periodo las medidas laborales y personales necesarias para su protección.

En ese tiempo, manejábamos (la cabuya) a mano limpia. Ya, ahora, utiliza uno guantes, ya se cuida uno mucho, porque esta cabuya, uno a mano limpia, lo rompía. Incluso a mí me tocó que la cabuya desfibrando en el día, uno, dos días, tres días desfibrando seguido, le rompía la mano a uno y le sacaba sangre. Por acá (en) las uñas, eso le saca la sangre. Lo rompe a uno por dentro. Y ese zumo se le va entrando a uno y eso no lo deja trabajar (...) Yo, ahora, no soy capaz de trabajar a mano limpia. (Álvaro Antonio Patiño Alzate, comunicación personal, 16 de septiembre de 2018)

Acuerdos y contratos

El desfibrado -el paso más importante del beneficio- se hacía en cada finca y hasta éstas se desplazaban los maquinistas. La forma más común de contratar era acordando de manera previa el valor por arroba que el propietario de la cabuya le pagaría el maquinista. El rendimiento se calculaba por arrobas,⁶¹ pero en el predio ese peso se hacía al tanteo, por el número de manojos, pues no utilizaban pesas ni balanzas. El propietario de la cabuya aplicaba los pasos restantes: el lavado y el secado; e iba personalmente a la empresa a venderla. Cuando regresaba liquidaba con el motorista, de acuerdo con el peso que hubiera marcado el producto en la pesa oficial y el precio previamente acordado.

... sacaban por arroba, digamos, a un precio: “Le voy a sacar la arroba”, digamos, “a 100 pesos u 80 pesos”, en ese tiempo a 20 pesos. La arroba no se pesaba, sino que se sacaba por manojos. “Me saqué tantos manojos: son tantas arrobas”. Y le teníamos que pagar con plata. El que se la sacaba a uno esperaba que uno la vendiera y después le traía la plata a él. Hasta inclusive había que traerle el peso de cuánto pesó: “pesó

⁶¹ 1 arroba = 25 lbs.



Cargueros, cabuyeros y carriceros

tantas arrobas”, [en] el papel oficial de la Compañía de Empaques. ¡Sacó tantas arrobas, vea! Con eso liquidaban ya. (Reinaldo de Jesús Atehortúa A., comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Otro tipo de acuerdo o contrato, lo menciona el señor Jaime Hernández Soto, quien en 1962 compró una máquina desfibradora con la que sacaba la cabuya de todos sus vecinos. Con ella trabajó durante 22 años comprando los cortes o al contrato. Cuando compraba los cortes, él era quien beneficiaba la cabuya y la llevaba a vender, para pagarle posteriormente el valor acordado al dueño de las hojas.

El aprendizaje del oficio de maquinista también se hacía mediante la observación; un proceso que se iniciaba, por lo general, ejerciendo las labores de ayudante:

Ah, uno de ayudante va aprendiendo. Es que uno le pone cuidado, es como todo. Uno de ayudante pone cuidado y va aprendiendo. Lo mismo que en la albañilería “Ah yo voy a aprender con aquel señor que está pegando adobe allí”, el ayudante se pone a ver cómo ponen el hilo, cómo le ponen el plomo, cómo hacen la mezcla hasta que el ayudante aprende a trabajar lo mismo que el maestro. Entonces el que es inteligente aprende a trabajar, no es sino poner un poquito de cuidado. (Jaime Hernández Soto, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

Transporte y venta

Al filo de los años sesenta, el transporte de la cabuya para su comercialización aún se hacía a la espalda, desde la finca hasta la carretera principal, donde los automotores que atendían

las zonas rurales los recogían y terminaban su traslado hasta la Compañía de Empaques. La forma de empaquetarla era tradicional, en bultos, un proceso descrito por el señor Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa:

La cabuya seca se arreglaba en bultos por ahí de 4 a 5 arrobas cada bulto, y la llevaba para la Fábrica de Empaques, ya se la tomaban a uno allá. Eso era por ahí del año 55 o 60 más o menos. Eso se llevaba en ese momento en una escalera que viajaba para Medellín desde Rionegro y la sacaba uno a la [carretera] central y de allá la llevaba para Medellín. Se llevaba a la espalda, a la espalda con un cargador. Amarraba uno un bulto por ahí de 5 arrobas [125 libras] o 6 arrobas [150 libras] y la llevaba hasta allá... Se doblaba así en manojos, lo encarraba uno de abajo para arriba y quedaba un bulto cuadrado lo más de bonito, bien amarrado y eso lo llevaba uno amarrado con las mismas cabuyas, con la fibra. Sacaba uno manojos así finitos, de la más fina y la amarraba bien; el bulto quedaba como prensado. (Reinaldo de Jesús Atehortúa A., comunicación personal, 22 de agosto de 2018)



Bultos de cabuya en rama en depósito. “Cabuya”. Fotografía Gabriel Carvajal. 1968. Archivo BPP.

Durante varios años, la Compañía de Empaques fue la principal compradora de la cabuya en rama y era ella la que definía las calidades y fijaba los precios.

...cuando ya se aumentó la máquina para sacar cabuya, que había bastante, ya sí se llevaba para la Fábrica de Empaques. (...) por allá por los lados de la autopista junto a la Fábrica de Licores, ahí pegadito a La Aguacatala (...) Allá miraban bien, si estaba bien desfibrada, si estaba bien seca. Allá entraba extra, entraba de primera, de segunda y de tercera. La extra era a un precio y las otras eran más baratas, más bajitas. Mientras

mejor la administrara uno en el secado y la desfibrada, se la pagaban a uno mejor. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Tenía que ir completamente seca, porque si iba húmeda no la compraban. Y le decían a uno: “aquí compramos cabuyita seca, aquí no compramos agua, sino cabuya” (...)

En Guarne había un señor que compraba toda la cabuya. Mejor dicho, el que tenía poquita cabuya la desfibraba, la lavaba y la llevaba al depósito de Guarne, ese señor la compraba, él la arreglaba y la llevaba en camiones de cuenta de él y ya se iba directamente a la Compañía de Empaques a venderla. Era negociante, mejor dicho.

(Jaime Hernández Soto, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

Durante los años sesenta se presentó otro fuerte incremento en el cultivo y la producción de la fibra en todo el Oriente antioqueño debido a las intensas campañas que adelantó la Compañía de Empaques, en virtud de que esta era la materia prima esencial para la producción industrial de empaques y lazos, su objeto misional. La producción de empaques de origen artesanal comenzó a perder peso debido a su incapacidad para competir con la producción industrial, razón por la cual, su accionar quedó restringido a la producción de saco ralo, tela y aparejos de arriero (Correa y otras, 1983, p.24 citado por Arcila, 1986, p.68).

V

Crisis y abandono

“Entonces todo mundo dejamos acabar los cabuyales”

Año 1985 en adelante

El tercer momento en este relato cierra el círculo de la cabuya en Santa Elena. De acuerdo con lo que nuestros entrevistados recuerdan, desde principios de los años ochenta, la Compañía de Empaques comenzó a dejar de comprar la cabuya debido a la introducción de una fibra sintética importada que sustituía la fibra natural. Así lo expresa la señora Rosana Hernández:

Antes todo era con cabuya, hectáreas y hectáreas de pura cabuya en Guarne, pero todo eso lo acabaron ya, casi no dejaba. La cabuya se acabó cuando salió la fibra, hace como 50 años. (Rosana Hernández Soto, comunicación personal, 20 de septiembre de 2018)

Tal circunstancia generó una gran desmotivación en los campesinos, quienes tumbaron el fique y lo reemplazaron por otros cultivos.

Ya no estábamos produciendo y como hubo un tiempo de [sic] que eso la estaban pagando muy mal, entonces ya la gente se fue desmotivando de cultivar cabuya, entonces ya se acabó. Porque ya empezó la fibra a hacerle competencia a la cabuya y ya se fue mermando. La fibra de esa plástica, lo que es así como eso de polietileno de

costales de esos... Y ya se acabó el cultivo por toda parte. (Reinaldo de Jesús Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)



Empaque fabricado con fibra artificial. Fotografía Jorge Cano. Árbol Visual, 2018.

Pareciera que con el paso del tiempo los recuerdos de nuestros entrevistados se hubieran reducido y simplificado al situar la crisis de la producción a partir de 1985. Las fuentes secundarias ayudan a lidiar con los olvidos pues, al parecer, las dificultades con la fibra fueron de mayor duración y complejidad. Las décadas de los setenta y ochenta estuvieron signadas por la superproducción y los bajos precios de la cabuya. La crisis más fuerte ocurrió

en 1976, el punto de quiebre para que muchos campesinos se desmotivaran aún más y desistieran de su producción. Las causas de la crisis fueron varias, entre ellas, la importación del yute y el polipropileno, autorizadas por el gobierno nacional, las cuales presentaban costos muy por debajo del de la cabuya; lo cual también generó efectos contraproducentes en los pequeños talleres artesanales.

Ante la poca demanda de sacos elaborados por la familia campesina y de la tela de costal tejida en las pequeñas industrias artesanales disminuye el desfibrado (...) se aumenta el desempleo de los jornaleros que estaban ligados a la labor de la desfibrada. Entran en crisis las fábricas exportadoras de textiles y cesan las compras de costal a los dueños de pequeños talleres artesanales que se ven afectados de inmediato. (Correa et. al., 1983, p.86)

La perspectiva de la crisis que presentan los estudios consultados, da cuenta de una situación traumática y conflictiva que generó movilizaciones sociales de protesta ante la Compañía de Empaques, especialmente en el municipio de Guarne. Esta situación se prolongó alrededor de seis años, marcados por el hambre y las necesidades entre quienes dependían de este oficio. Eso no ocurría únicamente en el Oriente de Antioquia; también se presentó en otros departamentos del país donde también se producía cabuya y hasta donde llegaba igualmente, la influencia de la Compañía de Empaques: Santander, Cauca y Nariño. Durante la década del ochenta se registraba la siguiente situación:

Los productores campesinos pedían al gobierno que se hicieran reajustes, pero las compañías se negaban a realizarlos. El aumento de todas maneras se efectuó y la

respuesta de las industrias fue el cierre de las compras de materia prima con el argumento de que el producto era de mala calidad. Después de presiones, de varias formas, con movilizaciones, memoriales y conversaciones gubernamentales, los productores lograron que les compraran la mayor parte de la fibra que se hallaba represada. Posteriormente, lograron que se impusiera un impuesto al plástico (polipropileno), con lo cual han venido mejorando un poco la demanda de fibra y la de productos artesanales, es decir, a pesar de las constantes crisis y dificultades, la producción figuera y artesanal se mantiene, aunque en condiciones supremamente difíciles para su reproducción económica. (Arcila, 1986, p.71-72)

Hasta ese momento (1986) llegan las referencias de las fuentes secundarias. Sobre el proceso vivido y lo que sucedió después no existe información. Con la distancia y la claridad, o quizás con las brumas que produce el paso del tiempo, algunos productores campesinos de Santa Elena alcanzan a notar hoy las ventajas que les dejó haber abandonado el cultivo.

La cabuya por una parte que también acaba mucho con la tierra, donde hay cabuya, por los bordos de la cabuya, no da como buena producción la comida, porque ella atrae mucho abono; entonces al pie de esas matas de cabuya tampoco es que sirva para cultivar tanto. Le saca todos los nutrientes a la tierra. Además, las raíces son unos alambres fuertes, son muy fuertes. Claro que lo que da la cabuya, el abono de la fibra, es un abono muy bueno, pero siempre termina mucho con la tierra, por esos linderos de la cabuya sí acaba con la tierra. (Reinaldo Atehortúa Atehortúa, comunicación personal, 22 de agosto de 2018)

Según don Jaime Hernández Soto, las crisis generadas por cuenta de la eliminación del mercado para ciertos productos campesinos como consecuencia de la competencia que impone la industria, no les son extrañas, ya las han vivido en Santa Elena en varias ocasiones:

Pero la cabuya se acabó, me parece que del todo. Ahora trabajan es con fibra, con esa cosa. Eso llegó como moderno, y ahí se nos acabó a nosotros el trabajito de la cabuya. Lo mismo la flor. Cuando llegaron las flores finas de Bogotá o yo no sé de donde llegó esa semilla, pero cuando llegaron las flores finas, el clavel bogotano, y todas esas, bromelias, entonces ya eso nos le quitó mucho el volumen al cultivo de nosotros. Nosotros sembrábamos claveles, pero sencillos, rojo, rosado, una cosa que se llamaba estrella de Belén, siempreviva, éxtasis y ese era el cultivo de nosotros. Y eso ya se acabó del todo. (Jaime Hernández Soto, comunicación personal, 10 de septiembre de 2018)

La eliminación de los cabuyales produjo efectos en el paisaje de Santa Elena y también en las rutinas diarias de los campesinos que los cultivaban y procesaban su fibra. En algunos casos, el espacio que dejó la penca ahora inexistente en la parcela campesina fue ocupado por invernaderos de flores, que también terminaron cediendo su espacio a nuevas situaciones asociadas a un cambio socio-económico y cultural. La venta de predios de campesinos se ha incrementado en las últimas tres décadas y esa tierra se ha dedicado a fines no productivos.

Epílogo

Luego de sanar-a base de tiempo y olvido- las heridas que dejara el cultivo de fique y la comercialización de la cabuya en el Oriente antioqueño, no sabría decir si de forma irónica o paradójica, se viene analizando en años recientes la posibilidad de retomar la producción de cabuya en Colombia. Varias tesis de grado de la Universidad Nacional de Colombia han

puesto el tema en consideración, entre ellas el *Estudio de factibilidad de la cadena productiva del fique*, de 2002, el cual se concentró en analizar las buenas posibilidades que arrojaría el fortalecimiento de la cadena productiva del subsector fiquero. Más recientemente, a través de la prensa escrita se ha hablado del “resurgimiento del fique como una nueva fuente de generación de empleo, desarrollo agroindustrial y como un ítem exportable” y decía que existe una motivación en el Ministerio de Agricultura y Desarrollo Rural para reestructurar la cadena productiva (Ortiz Soto, 2016).

Las razones de ese posible resurgir residen en el desprestigio de la fibra artificial (polietileno, polipropileno) entre los ambientalistas y ante el hallazgo de nuevos usos industriales para la fibra larga, especialmente agromantos, tela y fibras quirúrgicas; papel, aglomerados, aislantes térmicos, entre otros productos, que se pueden obtener de la fibra corta resultante del bagazo y de los residuos sólidos de éste, como abono orgánico, concentrado para animales, lombricultivos y en el cultivo de hongos comestibles. Entre los subproductos que pueden obtenerse del zumo, los cuales eran en esos años todavía un objeto de investigación, se mencionan igualmente acetatos, hormonas certificadas, jabones, detergentes, productos cosméticos, alcohol, azúcar, insecticidas, herbicidas y fungicidas. Es decir, todo un universo por explorar. Ante esto resulta inevitable preguntarse. ¿están los campesinos convidados al banquete? Y ¿estarán ellos interesados en asistir a él? La historia es cíclica y pareciera que el ciclo del fique se puede reabrir.

VI

Himno de la Cabuya

Como una curiosidad, se reproducen aquí estos hermosos versos contenidos en el himno a la cabuya publicado en Agenda del Bicentenario, Guarne, 2017. Letra del poeta guarneño Roberto Uribe Jaramillo. Música del compositor y maestro guarneño: Alfonso Herrera Sánchez.

Coro

Son de Guarne los surcos verdosos
que en el campo fecundan su ser,
do los hombres que son laboriosos
la cabuya se van a extraer

I

Va surgiendo la ebúrnea fibra,
del carrizo, al tirón del titán
y en verdentes manojos de libra
los manojos juntando se van

II

Cuando el sol por la tarde va hundiendo
en las sombras su luz vespéral,

la cabuya se va recogiendo
para luego llevarla a lavar

III

Con paciencia hasta tres y más veces
De lavar y lavar y estregar
Y después de voltearle mil veces
Queda lista a llevar a secar.

IV

Y después de extenderla en la playa
A la ardiente caricia del sol
El matiz de su traje esmeralda
Trueca e astro en dorado color.

V

Con las manos de magia impregnadas
Ve el que mira al labriego torcer
Las madejas en raudas criznejas
Cuando el cielo amenaza llover.

VI

Llega al fin la cabuya a la casa
Llega al fin la cabuya al taller
Es el tiempo propicio de hilarla
Y de urdirla y tejerla también.

VII

Y en tarabas y en tornos y en maquinas

Los cadejos se ven retorcer
Hasta hacer los finísimos hilos
Que en estacas envuelve el vaivén

VIII

El bullicio del torno en sus giros
Mueve el pie la hiladora al pedal
Y en sus manos torciendo los hilos
Los enrolla y los hila a la par

IX

Del telar con veloz movimiento
De las manos, el cuerpo y los pies
Va el obrero afanoso tejiendo
El empaque do se echa el café

X

Cual oveja al proceso rendida
Torna en oro y en seda su ser
Y a caricias culmina su vida
En un tierno apretón de mujer.

XI

¡Salve planta esmeralda y armiño!
¡Salve planta de rico textil!

Si eres vientre de pan y cariño
Reina en Guarne, señora, sin fin.

Referencias bibliográficas

ARCILA, María Teresa. (1986). “Artesanías en el Oriente antioqueño. Tejidos de cabuya en Guarne y San Vicente: producción artesanal que se resiste a desaparecer”. Informe de investigación para Artesanías de Colombia. Medellín, p.171.

CORREA M. M. y otras. (1983). La familia cultivadora del fique en el Oriente antioqueño. Tesis de grado Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia. Medellín.

MORALES RUBIANO, M. E. y PELAEZ PARADA, N. E. “El estudio de la cadena productiva del fique”. INNOVAR, Revista de Ciencias Administrativas y Sociales N°20, julio-dic. 2002. P. 128 a 134

ORTIZ SOTO, Uriel. (2016). El fique: nueva fuente de desarrollo agroindustrial. Periódico el Espectador. Recuperado en: <https://www.elespectador.com/opinion/opinion/el-fique-nueva-fuente-de-desarrollo-agroindustrial-columna-630498>

ORTIZ SOTO, Uriel. (2016). ¡Llegó la hora del fique! Revista Semana. Recuperado en: <https://www.semana.com/opinion/articulo/uriel-ortiz-soto-llego-la-hora-del-fique/491188>

ZAMOSC, L. (1981). El fique y los empaques en Colombia. Ed. Fundación Mariano Ospina Pérez. Bogotá.